

Juan Bautista Folía Prades

Escultor universal discípulo de Rodín

Tras vivir una turbulenta aventura militar, Juan Bautista Folía fue discípulo del genial escultor Rodin y su obra se conoce en varios países de Europa y América. Nacido en Sant Jordi murió en Onda y durante muchos años lucieron dos estatuas suyas en la fachada del Banco de Castellón, ahora de Valencia, en la Puerta del Sol.

En la misma acción que el Consejo Municipal de Cultura celebró en la salita de la planta baja del Ayuntamiento para mostrar en bronce la *Minerva* de **Viciano**, también tuvo protagonismo en ese febrero de 1994 una escultura de **Juan Bautista Folía**, un busto del pintor *Ribalta*, igualmente en bronce del que se hizo una réplica que hoy preside la escalera principal del instituto Francisco Ribalta. Y dio pie a una excelente exposición que tuvo como escenario el Centro Municipal de Cultura, en enero de 1996.

La primera noticia que yo había tenido del escultor me llegó a través de su imagen de *Mercurio* que aparece todavía misteriosa y desafiante en la fachada de una casa de la calle de Enmedio, cerca de las cuatro esquinas. Ya supe entonces que había sido compañero fugaz del pintor **Porcar**, alumno del maestro **Castell** y discípulo del gran **Augusto Rodin**.

A los 64 años de edad, la muerte le sorprendió en Onda el 16 de julio de 1945, donde llevaba a cabo la reconstrucción de los retablos de la iglesia mayor, destruidos durante la guerra civil.

LA VIDA

Nació en Sant Jordi en 1881, espacio vital geográfico entre la formidable Morella y el Vinarós que permite al Maestrazgo asomarse al mar.

Ayudado por el filántropo **José Esteller**, oriundo de Sant Jordi y después de aprender las primeras letras en Vinarós y destacar en la disciplina de dibujo, **Folía** pasó una temporada en Castellón como alumno del taller de Vicente Castell donde coincidió con Porcar, compañero de sueños y de camastro para dormir.

El estudioso especialista en temas del Maestrazgo **Joan Ferreres Nos**, me informa del traslado de Folía a Barcelona, donde fue aprendiz de una imprenta y pintor de brocha gorda antes de incorporarse al taller de imaginería religiosa del artesano **Soler** y de quedar al cuidado del escultor **José Campany** que le introdujo en el mundo de la creación artística con **Tasso**, **Alentorn** y **Venancio Vallmitjana**, competidores de nuestro escultor **Viciano** en la realización de la estatua del Rey Don Jaime.

A todos les llegó la noticia de la eclosión de **Rodin** en París, con la humanización de un arte eterno que se estaba renovando. Y Folía tuvo el acierto de buscarse apoyos para conseguir una beca de la Diputación de Castellón que le permitiera ir a París. Y allí buscó y encontró a **Rodin**, rodeado entonces de aromas literarios de **Víctor Hugo**. Siempre recordaba al autor de *El pensador*: “**Ha sido mi gran ídolo. Maestro esencial primero y amigo después, Rodin es uno de los grandes artistas de la época. Me impulsó a asumir unas tendencias propias y afirmar mi estilo y personalidad como escultor**”.

Su embrujo le hizo crear a nuestro escultor obras como *Cabeza de niña*, *El lane-ro*, *Familia*, *Composición...*

Fijó su residencia en Barcelona, pero frecuentó sus viajes a París al cobijo del maestro francés, con quien estuvo en 1918 en la inauguración de su Museo. Y en Barcelona aprendió nuevas técnicas en los talleres de fundición al bronce con otros escultores como **Querol**, **Clará** y, sobre todo, **Mariano Benlliure**, una figura nacional por entonces.

Muy joven ingresó también en la Real Academia de San Fernando, en Madrid, hasta que llegó a la edad del servicio militar. El sorteo le llevó hasta Salamanca, desde donde se escapó hacia Francia, ocultándose en Olot y en los Pirineos para llegar a París. Prófugo de España, trabajó de nuevo con Rodin y consiguió un gran premio en el Salón de los Artistas Franceses con su obra *Tumba*.

Rescatado por su primer protector, José Esteller, vino a Castellón como “soldado recomendado”, una argucia. Tuvo trabajo al amparo de **Fernando Gasset**, quien le encargó dos estatuas de cierta monumentalidad para la fachada del Banco de Castellón. Y además creó el *Medallón de los Reyes*, del que se hicieron miles de reproducciones. Pero de nuevo se hizo público su castigo y fue trasladado a la fuerza a Salamanca como preso preventivo. Juzgado en Consejo de Guerra fue deportado a Mahón, Menorca, en cuya cárcel siguió trabajando al interesarse por él **Santiago Rusiñol** y otros grandes intelectuales, convertido en personaje de leyenda.

Definitivamente acabado el castigo, comenzó un febril recorrido por España, después de afianzar su mito junto a **Unamuno**, que propició su nombramiento de profesor de Bellas Artes en Salamanca y Vitoria. Realizó obras para los Ayuntamientos de Bilbao, Vitoria, San Sebastián, Santander y en 1912 recibió por su obra *Buscando belleza* la Cruz de Mérito de Alfonso XII.

Posteriormente se instaló en Valencia y durante la guerra civil siguió trabajando en Sant Jordi y La Senia. Terminada la contienda, vino definitivamente a Castellón y se construyó una casa-taller en la calle de Herrero número 11, desde donde se dedicó a la reconstrucción de imágenes y altares destruídas por la guerra. Hizo un

busto de gran notoriedad del **general Aranda** y finalmente se sintió atraído por la magia de la cerámica de Onda, donde firmó el último contrato de su carrera. Había vivido muy deprisa.

EL RECUADRO

A los 32 años, en enero de 1914 Juan Bautista Folía contrajo matrimonio con la viuda Irene Monner García, de La Senia, donde al fin instaló un taller de imaginaria. Y, con su esposa, comenzó el periplo americano, unos años en Chile y otros en Argentina, explotando su especialidad de monumentos funerarios y bustos de grandes personajes. Nunca abandonó sus recuerdos de Castellón. En los años de la posguerra invitaron un día a comer en su casa de la calle de Herrero a Porcar y Tomás Colón, que habían sido compañeros en el taller de Castell, de quien hablaban elogiosa y apasionadamente. Tanto, que la esposa de Folía preguntó por el hecho de que Castell se había quedado siempre en su ciudad y no había intentado ninguna aventura por el mundo. El socarrón Porcar lo aclaró: En ninguna parte de España o del mundo le hubieran hecho las ensaladas de “tomata i ceba” como le hacía su mujer en casa. Tal vez fuera ese el sencillo símbolo del apego a su tierra que han tenido tantos castellonenses que, con méritos para triunfar en cualquier lugar del mundo, han preferido la comodidad, el aroma y el sabor de su entorno familiar.